

CARTA DEL P. MANUEL Marcelino de Sylva, Rector del Noviciado de la Compañia de Jesus de Sevilla para los Superiores de la Provincia de Andalucia, sobre la Vida exemplar, y preciosa Muerte del Padre Joseph Ruso, Professo de quatro Votos de la misma Compañia.



NO sin mortificacion mia; y cierto con estrañeza, y nota agena, he sido por mucho tiempo deudor à la Provincia, que las desea; al publico, que las espera con ansias, y à la edificacion comun, que en ellas se interessa, de las noticias de la Vida, y Virtudes del Padre Joseph Rufo, Professo de nuestra Compañia, que fue sin duda honor de nuestra Provincia, y à quien logrò esta Comunidad tener por muchos años à la vista, gozando mas vivos, como mas cercanos, los brillos singulares de sus exemplos. Pero una edad prolongada por casi un siglo,

que retira hasta el olvido sus principios, una patria retirada, y donde siendo dificil el comercio de cartas, apenas hay Personas, que tengan de ellos noticia; y un silencio rigoroso, quanto constante, que de sus cosas observò siempre el Padre Joseph, han obligado à no ordinarias diligencias, que consumieron mas tiempo, que yo deseaba; mas sin traerme la luz, que pretendia. Quedame sin embargo el consuelo, de que si no puedo llegar à descubrir todas las de los primeros años de su vida, tendrè copiosa materia de virtudes, que referir en los restantes. Digo de virtudes; porque no podrè yo referir del Padre Joseph, ni una serie de empleos de aquellos, que por creerse elevados, se atienden mas; ni un largo curso de ministerios ruidosos, y que suelen andar cercados de los aplausos; ni sucessos estraños, y marabillosos, quales son los que arrebatan las admiraciones. Podria acaso terminar brevissimamente esta Carta, si todos los que la huviessen à las manos, estuviessen versados en las Constituciones, y reglas, que gobiernan el Espiritu de los Jesuitas. Para estos serìa elogio suficiente del sugeto de quien escribo,

bo, decir; que fue, desde que las leyò la vez primera, hasta que terminò en el ultimo suspiro la vida, una copia exactissima, ni aun en los mas menudos apices defectuosa, de las Reglas perfectissimas de la Compañia de Jesus. En esta generalidad, yo diria del Padre Joseph Rufo, lo que saben, y confiessan del todo innegable, quantos hay en la Provincia, que tuvieron algun tiempo la suerte de vivir en un mismo Colegio con el Padre: en ella yo afirmaria una heroicidad de virtudes eminentes, y una sublimidad de Religiosa perfeccion tan grande, que dexaria inferiores quantos hyperboles pueden idearse. Pero todo este fondo de perfecciō, solo le conciben bien los mui versados en el Instituto, y Constituciones de San Ignacio nuestro Patriarcha, y que con largas meditaciones saben valuar el thesoro de Santidad, que contienen nuestras Reglas, y han conocido por larga practica, de quan magnanimo esfuerzo necessitan para su execucion constante muchas de ellas. En elogio tan grande satisfaria si à los domesticos: mas los estraños, entre quienes en todas partes el Padre Joseph Rufo fue tenido en concepto de Santo,

como le llamaban muchos; de hombre Espiritualissimo, como le nõbraban otros, de varon todo de Dios, y del Cielo, como le apellidaron muchos otros, pedirian otra explicacion, que les hiciesse conocer en mas clara luz, lo mismo, que ellos confusamente concebian, y declaraban en sus expressiones de veneracion hàcia el Padre. Para satisfacer, pues, la piedad, y expectacion de estos, aunque exceda algun tanto los limites de una Carta, dirè con expression algo, de lo que incluye el Elogio, que he dado al Padre Joseph Rufo, con decir fue una Copia animada de todas nuestras Reglas; pero haciendo antes una breve relacion de sus empleos, y ocupaciones en la Religion.

Nacimiento, y Entrada en la Compañia.

En la noble Villa de la Higuera, junto à Aracena, naciò el Padre Joseph Rufo en 8. de Mayo de 1666. dia consagrado à la Aparicion del Archangel San Miguèl: disponiendo la Providencia viesse en èl la tierra à otro Angel, que lo havia de ser siempre en sus costumbres. Fueron sus Padres Don Diego Martin Rufo, y Doña Maria Vazquez, ambos sugetos de mui calificada hidalguia, condecorada

en

en aquel Pueblo con los empléos mas luſtroſos de èl, para que fueron muchas veces elegidos los de ſus familias: baſtantemente abaſtecidos de bienes de fortuna; pero mas ricos de virtudes, que los hicieron reſpetables à los hombres, y favorecidos del Cielo con numeroſa fecundidad de muchos hijos. El ultimo de 8. de los quales tres fueron varones, y cinco hembras, naciò nueſtro Joſeph, 18. años deſpues de haver nacido el hermano, que le precediò, y quando ſu Madre, abanzada ya haſta los 58. años, ni eſperaba, ni queria mas hijos: por lo que ſe ſonrojaba demaſiadamente en ſu preñez: haſta que un Religioſo, virtuoſo, y grave, blandamente la reprehendiò, diciendole: Y bien, Señora, ſerà razon, que ſe averguenze de ſer Madre de un hijo, que Dios tiene acaſo eſcogido para Santo? Eſta razon para el conſuelo, eſcuchada de la buena Señora, como anuncio de lo futuro, ſerenò ſu corazon, y la introduxo en unas eſperanzas, que le eran de ſingular conſuelo en las moleſtias de ſu embarazo; y que deſpues le hicieron criar al que eſperaba Sanro, con amor mas tierno, y con mas vigilante ſolicitud,

tud, que havia practicado con los otros.

Puericia, y Estudios.

Passados los primeros años de una puericia agraciada, y nada fastidiosa, le aplicaron à aprender las primeras letras, en que un genio docil, y que ya se manifestaba ageno de aquellas travesuras, è inquietudes, que son comunes, y nada estrañas en la tierna edad, le hizo aprovechasse mucho en breve tiempo: y que mui presto le hallasse su Padre proporcionado à confiarle parte de sus cuidados en la hacienda de campo, de cuyos frutos mantenia su familia. Ya en este tiempo empezaron à brotar las pequeñas semillas de virtud, que mientras aprendia las letras, havia abrazado como mui connaturales à su bello corazon su alma, que como al Sabio, le cupo en suerte buena, y propensa siempre al bien. Aun hay quien sea testigo, de que en esta edad era obedientissimo, sin que jamàs se le oyesse ni aun la repugnancia mas leve à lo que se le ordenaba, aunque le fuesse penoso, y de especial trabajo: vigilantissimo en quanto se ponia à su cuidado: enemigo del ocio, y dulce siempre en el trato: pero lo que mas sobresalia en el ajustadissimo Joven,

veri, era una propension vehemente à las obras de Religion, y culto del Señor. Esta le llevaba à gastar en la Iglesia todos los tiempos, que le dexaba libres la ocupacion de su empléo, y la obediencia de sus mayores. Esta le hacia fidelissimo en varias devociones, que se prescribiò à culto de la Santissima Virgen, y de Christo nuestro Señor. Esta le obligaba à buscar en los libros espirituales, que podia haver à las manos, el pasto de su devocion. Esta le inspirò un despego de todas las cosas terrenas, mui superior à sus años, y que le hacia hablar de ellas con un horror tal, que aun vive impresso en la memoria de un anciano venerable, quien aun refiere con pasmo la viveza de expressiones, con que este Joven innocente explicaba sus ansias por retirarse del mundo, consagrandose à Dios en el estado Ecclesiastico. Huia con ardimiento las culpas, que aun ignoraba, y se recelaba aun de los riesgos, de que havia vivido siempre con largas distancias separado.

Inclinacion al Estado Ecclesiastico.

Los impulsos vehementes, con que su corazon docil à la gracia, le tiraba à un genero de vida, que libre de toda solicitud terrena, se empleasse solo en su Dios;

à quien ya buscaba en todo, declarados à sus Padres con rendimiento humilde, mas con aquella persuasiva, que es propria de un deseo ardiente, los convencieron à dàr gusto à un hijo, tiernamente amado, y à quien nunca pudieron culpar reo de la mas leve amargura, que les huviesse ocasionado. Perorò con energia à favor de nuestro Joseph, la opinion, que se havia merecido con su porte, de singularmente virtuoso, y la esperanza, de que seria un Eclesiastico exemplar, quien se miraba Joven de una vida irreprehensible; y ambas los resolvieron à tolerar el dolor de ausentarle de su vista, para que pudiesse aplicarse con commodidad mayor, que la que tendria en su Patria, à los Estudios.

Entra en el Colegio de S. Miguèl.

Dispusieron, que viniesse à esta Ciudad de Sevilla, y le consiguieron Beca en el ilustre Colegio de San Miguèl, que tiene esta Novilissima Metropolitana. Cumplido el año decimo sexto de su edad, vistiò aquella Beca, y con el nuevo traxe, ya segun sus deseos eclesiastico, se juzgò obligado à mayor aplicacion à las virtudes, y à un conato incansable por aprovechar en Grammatica, y Latinidad, que alli estudiò. Un semblante modestissimo, como

de un Angel, y una reverencia profunda en todas las funciones de aquel mageſtuoſo Coro, à que aſsiſtia, tiraban los ojos, y las inclinaciones afectuoſas de todos los que le ocupaban; pero à los domeſticos del Colegio obligaba à veneraciones de ſu Compañero, lo arreglado de ſu proceder, y lo amable de ſu genio; y à deſeos lo ſevero de ſu retiro à ſu quarto, y la abſtraccion, en que le conſtituyò ſu ſolicitud en el eſtudio. En eſte tiempo recibiò los Ordenes menores de mano del celoſiſsimo Prelado D. Jayme de Palafox, con guſto, igual à ſus deſeos, y con la preparacion, que correſpondia à ſu virtud.

Vocacion à la Compañia.

Creciendo eſta en el tiempo, que eſtudiaba la Grammatica Latina en el Colegio, tuvieron tambien aumento los deſeos, que ella le inſpiraba: porque ſi antes pretendia ſolo el eſtado Ecleſiaſtico, en que ſe dedicaſſe todo à Dios, ya movido con eſpeciales impulſos de la gracia, ſe encendiò en anſias fervoroſas de conſagrarſele en modo mas eſtrecho, entrando en la Compañia de Jeſus, en cuyo inſtituto creyò tener todos los medios, para conſeguir ſu propria perfeccion, que podia deſear; y à mas de eſtos, muchos para procu-

curar la santificacion, y salvacion de los proximos, à que se sentia inclinado con propension vehemente. Determinado à seguir este Divino llamamiento, saliò del Colegio de San Miguèl, no sin sentimiento de sus Compañeros, que perdian sus exemplos, y su trato amabilissimo; y desde Casa secular, donde fixò su morada, no distante de nuestro Colegio de San Hermenegildo, empezò à oìr el Curso de Philosophia, y declarò à su Maestro sus deseos, y pretension. Bien claramente se conociò desde luego, que era Dios el que los inspiraba; no menos por la solidez de las razones, que proponia el Pretendiente, que por la conducta exemplarissima de vida, que observaba, y con que se manifestaba igualmente digno de su cumplimiento, que dispuesto à emprender toda la alta perfeccion del estado, porque suspiraba. Amante de un retiro estrechissimo, solo se dexaba vèr, ò en la Iglesia de nuestro Colegio, encendiendo al pie de los Altares su voluntad; ò en nuestras aulas, ilustrando su mente con las lecciones, que escuchaba atentissimo, y con el empeño de dàr de sì un especimen, que facilitasse su admission. Pudiera haverla conseguido

con presteza; mas juzgandolo conveniente su Maestro, quiso que acabasse de oìr la Philosophia, y entrasse, aprobados ya sus talentos, para las facultades mayores con el Examen de ella: y con efecto asi se executò; y admitido con gusto de los Superiores, que conocian los talentos, y virtud, que le formaban recibo de un Caracter superior, y con jubilo incomparable de su espiritu, que llegaba ya al centro de sus anhelos, se vino à este Noviciado en Junio de 1689. teniendo ya 23. años de edad.

Su Noviciado.

Aunque no pueden declararse bastantemente, con poca reflexion, que se haga, à lo que he dicho hasta aqui, se colige, quan intensos fueron los conatos, con que en este Domicilio proprio de la Santidad, se entregò à la practica de todas las virtudes, pretendiendo en todas la heroicidad, y perfeccion mas sublime, nuestro Novicio. Aqui perficionò al modelo exactissimo de nuestras Reglas, la modestia Angelical, que aun en el siglo le hizo igualmente objecto de las veneraciones, que del cariño de quantos le miraban: y la gravò tan profundamente en su corazon, que en toda su larga edad ja-

màs se le notò accion menos decorosa, ni mirada menos compuesta. El mas atildado Novicio podria confundirse al observar en estos ultimos años de una ancianidad respetable, los ojos del Padre Joseph Rufo, fixos siempre en el suelo, sin que se le observasse aun una vez, mirar al rostro firmemente à alguno, aun de los Domesticos, y mucho menos de los externos. Creo, que puedan decir muchos, lo que yo: que aun andando con cuidado, no supe el color de sus pupilas, hasta, que el ultimo parasismo de la muerte se las hizo descubrir, ya sin luz de vida. Igualmente compuestas eran las demàs acciones. Aqui se entregò todo al trato intimo con su Dios; no solo mirandole continuamente presente en todas sus distribuciones; sino suspirando ansiosamente por los ratos libres de otra ocupacion, para gastarlos en la presencia del Señor Sacramentado en la Capilla interior, donde su profundissima reverencia, y atencion le tenian casi immoble, y extatico. Aqui diò principio à una penitencia asperissima, à una humildad, y desprecio de sì mismo, marabilloso, à una mortificacion rigidissima de todas sus passiones; y

para concluir en breve, aqui se hizo respetar aun desde los primeros dias de su Noviciado, como una idea acabadissima de Religiosa perfeccion. A esta causa no se debe estrañar, que desde entonces le diessen el renombre de Santo, que lo continuaron siempre sus Contemporaneos, y en quantas partes viviò despues, lo hizo comun à los que le conocieron su porte exemplarissimo.

A què grado de virtud llegasse en los dos años de su probacion, el que con tan generosos impetus, y constante magnanimidad se entregò todo à los delicados apices, que se prescriben à nuestros Jovenes, no puede concebirse con suficiente claridad: sus Compañeros, linces en los mas menudos, en la constante experiencia, de que ninguno se le passaba, le juzgaban un modelo de observancia; mas los Superiores, arbitros de su corazon, è informados del interior espiritu, que animaba todas sus acciones, llenos de edificacion, y augurando para lo futuro una Santidad portentosa, cumplido ya su bienio del Noviciado, le admitieron à los Votos Religiosos, que hizo con devocion ternissima en dia primero de Julio de

1691. celebrando en la antigua Iglesia su Rector, Maestro de Novicios, y grande apreciador el Padre Juan de Zañartu.

Sus Estudios en Carmona, y Granada.

De esta Casa passò al Colegio de Carmona, para reformarse alli en la Rhetorica, y Poetica, y al año fue embiado à nuestro Gran Colegio de Granada, para estudiar la Theologia. Oyòla con acreditados progressos, que le proporcionaron al Grado Supremo de nuestra Religion, para que desde entonces quedò aprobado. Como su virtuoso proceder se fundaba sobre las maximas mas solidas de perfeccion, profundamente arraigadas en su corazon, no solo se mantuvo en el tiempo de los Estudios, sin el menor indicio de decadencia; sino creciò de tal modo, que la juventud numerosa, que tuvo la suerte de concurrir con el Hermano Joseph, le veneraba, como à exemplar, en que veia brillar la observancia mas exacta, y donde admiraba la exactitud, y fervores de un Novicio el mas atildado.

Sus Ordenes, y primeros ministerios.

Concluìdos con credito sus estudios, se ordenò primero de Subdiacono por el Señor Don Martin de Azcargota, dignissimo Arzobispo de Granada, en 22. de Septiembre de 1696. de Diacono en

Gua-

Guadix por el Illustrissimo Señor Don Fr. Pedro de Palacios, en 22. de Diciembre del mismo año; y en dos de Marzo del siguiente, por el Señor Azcargota en Alhendin de Sacerdote. Con este caracter nuevo se juzgò nuevamente obligado à mayores fervores, y desde luego los manifestò, aplicandose con incansable teson al ministerio de oir Confessiones, à la assistencia de enfermos moribundos, al consuelo de los pobres en los Hospitales, y al alivio de los pressos en las Carceles. En la dulzura de su genio, para todos sobremanera afable, todos experimentaban atractivos eficacissimos para aficionarsele, y buscarle: y en el espiritu, con que los exhortaba, y persuadia al bien, sentian impulsos poderosissimos, que les forzaban à venerarle como à Santo: y ambas cosas juntas fueron causa, de que mui desde los principios concurriessen en gran numero al Padre Joseph los Penitentes, para el desahogo de sus conciencias, y le buscassen para su direccion muchissimos, que en su proceder arreglado à toda virtud, la acreditaban; seguros indices de su acierto en ella. Tales fueron las primicias del Apostolico zelo del Padre Joseph en el

año

año primero de su Sacerdocio, que passò parte en Granada, y parte en nuestra Casa Professa de Sevilla.

Maestro en Ubeda.

Pero al siguiente de 1698. tuvo su charidad nuevo empleo, y principiò su Magisterio de letras humanas en nuestro Colegio de Ubeda, que ilustrò tambien con sus exemplos, y acreditò con sus fervores en la practica misma de los ministerios de la salud de los proximos. Era exactissimo en la enseñanza de sus Discipulos Jovenes; no solo en las letras, que professaban, sino tambien en los principios de la vida Christiana, que les inspiraba con eficacia, y à que con efecto los persuadiò de modo, que los dias, que vacaban del Estudio, acudian, como si lo huviesse, al Colegio, assi por oìr à su amabilissimo Maestro sus utiles consejos, como por confessar, y comulgar en nuestra Iglesia, con no menos devocion propria, que edificacion de quantos à ella concurrian. Haciase admirar en todos la reverencia, y compostura devota, en que se miraba retratada, como en pequeños trassumptos, la modestissima de su Maestro, que les assistia con recreo, y gozo de Espiritu. Amabanle conter-

ternura, como à Padre; reverenciabanle con singular respeto como à Santo, y alabandole en sus casas por la dulzura del genio, y por lo exemplar de su virtud, movieron, para que le buscassen, para confessarse, à un concurso numeroso de personas deseosas de aprovecharse. Pero tuvo este mui crecido aumento, luego que le oyeron desde el Pulpito los Moradores de aquella Ciudad. Sus assumptos en èl eran siempre de las verdades de nuestra Religion, mas poderosas à convencer pecadores. Un espiritu grande al proponerlas, una energìa triumphadora al ponderarlas; una voz corpulenta, accion viva, y expresion clara, y en que solo se procuraba la eficacia, para mover los corazones, le hicieron ser mirado como un Missionero fervorosissimo, y seguido siempre con ansia, y nunca oìdo sin fruto. De aqui naciò, el que cogia el Padre en el Confessonario, en que le buscaban tantos, que para satisfacer à todos, apenas le bastaba el tiempo libre de su Classe.

Gustoso estaba el Padre Joseph en Ubeda en estos exercicios de su zelo; mas los Superiores le sacaron de ella, para dar- En Cadiz.

le en la Ciudad de Cadiz mas numeroso concurso de Discipulos, y esphera mas dilatada à sus fervores. Passò con el mismo empleo à esta nobilissima Ciudad, y como la luz donde quiera, que vâ, hace vèr sus rayos, el Padre mui luego hizo se notassen de sus Discipulos sus virtudes. La santidad de sus palabras los atraia: su dulzura los enamoraba de su trato, y la frequencia en èl, no solo les aumentaba la veneracion, y el amor, sino tambien les hizo notar aun las virtudes, que el Padre mas dissimulaba. Hay alguno de los que alli tuvieron la fortuna de tenerle por Maestro, sugeto de Caracter mas authorizado, que con sentimientos de ternura refiere, aun despues de tantos años, que en lo penoso, y tardo de sus movimientos manifestaba el Padre Joseph entonces lo horroroso, y continuo de sus cilicios; y que sabian todos, que una Tribuna de aquella Iglesia era el sitio, en que diariamente executaba en sì mismo un crudo Martyrio en rigidissimas disciplinas, cuyos golpes se percebian aun desde la Plazuela fuera de la Iglesia. Enseñados con solicitud, y desvelo infatigable, aprovechaban grandemente en las

letras; pero aun mas se adelantaban sus Discipulos en las virtudes, profundamente penetrados de altisimo concepto de la Santidad de su Maestro, y atraidos de sus exemplos, y exhortaciones. Ni fue inferior la opinion, que se conciliò con los sugetos de mayor edad, que le oyeron desde el Pulpito declamar contra los vicios, ò le experimentaron en el Confessonario, operario diestrisimo en desarraigar pecados, y fomentar con prudentisimo fervor virtudes. Todos le tenian por un varon iluminado: todos le veneraban, como à Ministro del Señor, espiritualisimo, y utilisimo, y todos le buscaban con tanto empeño en tratarle, que ya no eran su mayor trabajo los desvelos de Maestro, sino empleos de Director de las conciencias, apetecido de todos, por fructuoso para todos.

La experiencia, de que el Padre Joseph mejoraba à quantos se le acercaban, persuadiò à los Superiores à que le destinassen à nuestro Colegio de Carmona, por Ministro de èl, con el fin, de que tan acreditada virtud, y genio tan universalmente amable, mantuviesse en los fervores concebidos en el Noviciado à nuestros

Jovenes, que desde èl passan à dar principio à sus estudios en aquel Colegio. Esta disposicion causò à los Gaditanos un sentimiento universal; pero intensissimo en los que le tenian por Maestro. Lloraban la pèrdida, que hacian de su suavissimo Padre; se quexaban à gritos, de que les quitassen su *Maestro Santo*, y con una resolucion mui superior à su edad, pero indicio de la vehemencia, con que le amaban, juntos resolvieron escribir al Padre Provincial, para suplicarle desistiesse de una providencia, que les era fuente de tanto dolor, y tantas lagrymas. La deliberacion de estos Jovenes, contestada por sugeto, que fue uno de su numero, es acaso la prueba mas relevante del merito del Padre Joseph Rufo, y del aprecio, en que estaba.

Ministro de Carmona.

Ministro del Colegio de Carmona, al mismo tiempo cumpliò con las obligaciones de este empleo, con aquella exactitud, que siempre fue el caracter de sus obras. Charitativo hasta el extremo con sus subditos, velaba solicito para quanto les podia ser de algun alivio: zeloso de la mas rigida observancia la promovia con dulzura en los consejos, y exhortaciones,

que à las ocasiones prudentemente hacia à los Jovenes, que se le havian encomendado; siempre igual para con todos, era de todos obedecido con amor, y amado con ternura; y si tal vez era preciso avisar de algun leve defecto à alguno, lo hacia con tal arte, que sin dar motivo de sentimiento, se remediaba la falta, quedando con agradecimiento el que la havia cometido, y con mas segura confianza para con el Padre, en quien la emmienda del defecto borraba tan del todo su memoria, que jamàs se conociò le volviesse à la imaginacion. Este porte con ellos, y el vivo Magisterio de su exemplo, hizo se conservassen nuestros Estudiantes en Carmona, tan observantes como Novicios, aun quando mas atareados sobre sus libros.

No durò mucho tiempo en este empleo, porque apto para todos, y siempre dispuesto à obedecer, sin voz para la mas leve muestra de repugnancia, à lo que se le ordenaba; para todo le hallaban los Superiores. Encomendaronle estos el gobierno, y la administracion de los caudales de nuestra Residencia, en aquel tiempo, de la Higuera junto à Frexenal. Acep- Superior de la Higuera.

tò el cargo, à que ciertamente era contraria ſu inclinacion à vivir gobernado por otros, y obedeciendo, y le cumpliò con la miſma perfeccion, que todos. Governò à ſus ſubditos con el exemplo en el trabajo, y obſervancia; y los deſvelos charitativos en proveerlos largamente de quanto neceſsitaban para ſu alivio. Superior à todos, à ninguno ſe preferia; y ſolo ſe juzgaba el primero para las tarèas de miniſterios. En eſtos trabajò mucho: y paſma el vèr entre los papeles de ſus Sermones Morales, y Platicas, la multitud, que hizo en eſta Villa, en el corto tiempo de ſu Oficio: todas tan eſpirituales, todas tan afectuoſas, y eficaces, que ſolo vèr alguna ſeria baſtante indicio de ſu eſpiritu, y eficaz argumento para colegir el fruto, que hizo en aquella poblacion, en que la natural bondad de los genios es diſpoſicion mui congrua para todas las impreſsiones de piedad. Hizolas grandiſsimas: cogiò à manos llenas el fruto de ſus trabajos, y ſe mereciò veneraciones, que aun duran en los que le alcanzaron en eſte Oficio.

Haviendole concluido, fue ſeñalado à nueſtro Colegio de Trigueros. Eſta Villa,

lla, que havia experimentado los efectos de la Guerra, que huvo por aquellos tiempos con Portugal, y donde havia hecho asiento la pobreza, y la miseria, abriò un theatro grande al zelo charitativo del Padre, que desde que llegò à ella, se manifestò mui Padre de todos los infelices. En èl hallaban socorros de su necessidad, no solo mendigando el Padre, lo que havia de repartir, para subvenir à ella, sino privandose aun de su pobre sustento, y quitando de su boca, lo que havia de dàr. Él los consolaba, y animaba en sus trabajos; los exhortaba à la frequencia de Sacramentos, los confessaba con una constancia, y paciencia pasmosa, enseñaba à los pequeñuelos la doctrina Christiana, y con santos consejos procuraba inclinarlos à la devocion. Todos acudian al Padre Joseph, y todos siempre le hallaban con un semblante siempre apacible, y una dulzura, que los encantaba, y hacia aumentar mas su confianza, para recurrir con todo à èl. Un proceder tal, assi como le concilio mui desde los principios las veneraciones comunes, y le atraxo una continua ocupacion, que apenas le dexaba momento libre en todo el dia,

assi tambien le puso en estado de hacer fruto copiosissimo. Escuchabanle como à un hombre todo de Dios: respetaban, y admitian sus exhortaciones; se juzgaban obligados à poner en practica quanto les aconsejaba, y como no perdia ninguna oportunidad de hacer bien, fueron innumerab es las almas, que mejorò, con visibles aumentos de piedad, que eran otros tantos pregones del zelo Apostolico de este fervorosissimo Jesuita. Puede con verdad decirse, que todo el tiempo, que estuvo el Padre en Trigueros, tuvo una utilissima Mission. Pero para que el fruto de sus trabajos à gloria de Dios, fuesse mas copioso, y se extendiesse à mas, corriò en fervorosa Mission mas de una vez todos los lugares, y poblaciones del Condado de Niebla, dexando en todos por efecto de su trabajo la reformacion de las costumbres en muchissimos, que la necessitaban; y solidos aumentos de piedad en otros; y al mismo tiempo ansiosos deseos de aprovecharse de la cercania en que estaba, quien los havia tan utilmente commovido, y persuadido al bien. Y de aqui naciò el que de todos los contornos viniessen con frequencia en mui crecido

nu-

numero à confeſſarſe con elPadre los dias, que vacaban de ſu ocupacion, perſonas de ambos ſexos, y de todas claſſes: andando à veces muchas leguas, por lograr el conſuelo, que experimentaban ſus almas con ſu fervoroſa direccion.

La Providencia Divina ofreciò al Padre Joſeph el año 1709. una ocaſion oportuniſsima de aumentar ſus laborioſiſsimas tarèas haſta un afan continuado por mucho tiempo, que ſolo pudieron haver ſuportado las fuerzas de ſu eſpiritu, y los alientos de ſu charidad. Las enfermedades, que aquel año calamitoſo fueron azote comun de toda la Andalucia, hirieron mui de lleno la Villa de Trigueros. No havia caſa, en que no fueſſen los enfermos muchos, y todos de gran rieſgo. Sujetos à los miſmos males los Ecleſiaſticos, y Religioſos, no podian aſsiſtirles al morir, ni diſponerlos con los Sacramentos, para la partida à la eternidad, à que eſtaban mui cercanos. En muchos era nueva miſeria la falta del ſuſtento, y de las medicinas. No faltaron caſas, en que poſtradas à un miſmo tiempo todas las perſonas à la violencia del mal, todas quedaban ſin ſocorro de enfermero, que

les afsistiesse. Todo era un espectaculo tristissimo. El P. Joseph se dedicò del todo al remedio de tantos males, con un teson incansable, y con unas difusiones de charidad tan universal, que à todos los necessitados alcanzò, à todos los males atendiò, ninguno dexò de experimentar los efectos beneficos de su compassivo corazon. Antes, que amaneciesse, decia Missa con summa devocion, y magestuosa pausa, dandole solo para esta accion de Religion, con liberalidad el tiempo las fogosidades activas de su espiritu vigilantissimo: y despues de dàr las gracias con el mismo espacio, con un recogimiento extatico, salia del Colegio à visitar uno por uno los enfermos, à confessar los que havian de recebir el Santissimo Viatico, à auxiliar los que reconocia cercanos à su fin, à disponer se les surtiesse de medicamentos, y se les diessen con efecto, à los que no los tenian, à llevar el sustento, que se les debia dar, à los que carecian de èl, pidiendo por amor de Dios en unas casas, lo que havia de repartir en otras, y en muchissimas sirviendolo el mismo Padre à los enfermos, alentandolos à tomarle, à pesar de su inapetencia, con una ternura, de que

po-

podria aprender la Madre mas cariñosa, suavidades; y entretanto afervorizandolos con platicas tan espirituales, y fervorosas, que en muchos hacia se mezclassen las lagrymas, que les obligaba à derramar la devocion, cō el alimento, que postrado de rodillas les servia aquel hombre abrasado de charidad seraphica, que era todo el consuelo, que les havia dexado en su miseria extrema la Providencia Divina. Assi gastaba el tiempo de la mañana, hasta el medio dia, en que volvia al Colegio, no à comer, sino à tomar su comida, que desde el principio de la epidemia pidiò licencia al Superior, para emplearla en el mas necessitado enfermo, y llevarsela por sì mismo, como con efecto lo hacia; y continuando despues sus visitas hasta la noche. Entrada ya esta, si no havia algun moribundo, que le obligasse à quedarse en su assistencia, lleno del sudor, que le havia sacado la fatiga, no interrumpida de todo el dia, se recogia al Colegio, y como si no necessitasse de descanso alguno, quien tanto havia trabajado, empezaba un trabajo nuevo. Juzgaba debia luchar piadosamente con Dios hasta la Aurora, el que havia desde ellà

fervidole tan fervorosamente en los proximos. Encerrado en su pobre Apocentillo, daba largas las velas à su espiritu: postrado en la tierra, que regaban sus ojos con copiosas avenidas de lagrymas, clamaba en suspiros continuos al Señor, para que apartasse de aquel pueblo afligido los rigores de su ira, y suspendiesse los golpes, con que lo castigaba. Poco parecia al corazon compasivo del Padre Joseph Rufo, ofrecer sus suspiros, y sus lagrymas, por ablandar para el comun alivio los Cielos, si no lo pedia tambien con las voces de su sangre: à este fin, desnudandose de las cadenas de cilicio, que estrechamente ceñidas à su cuerpo, y brazos le havian martyrizado todo el dia en silencio; en el mas profundo de la media noche, dando el valor de su espiritu aliento à sus debilitadas fuerzas, heria sus espaldas lastimadas con tanto rigor, que à los primeros golpes se desataban sus venas, y con tanta continuacion, como si no hiriesse sus llagas, sino à algun cuerpo de bronce. De la continuacion de sus cilicios en este tiempo, fueron testigos muchos, que oy deponen, que no los pudo ocultar, aun con su valiente dissimulo

el

el Padre Joseph, de modo, que el verle no obligasse, casi à quantos le miraban, à mui profunda compasion. Mui à su pesar le declaraban martyr de penitencia la mas ruda todos sus penosos movimientos. Pero de los rigores nocturnos, con que se prolongaba el tormento, y le acrecentaba, dispuso la Providencia pudiessen hacernos la deposicion mas segura algunos, que passando à deshoras por la calle, à que tenia ventanas el aposento del Padre, al estruendo de los golpes, con que se ensangrentaba, primero se llenaron de horror; mas recobrados algun tanto, despues se acercaron hasta percebir, y reconocer con claridad las voces, con que el Penitentissimo Padre clamaba al Cielo por el remedio de la afliccion comun en suspiros, que eran breve pausa de su severidad. Ni faltò de estos alguno, que buscando ocasion de entrar despues en el aposento del Padre, notasse con curiosidad la sangre fresca, derramada en larga copia, que certificasse à sus ojos, lo que havia percebido con estupor por sus oìdos. Pero de esto aun habremos de decir mas en adelante. Por mas de quatro meses durò en su fuerza la enfermedad epidemica, y en todos

ellos se continuò sin un momento de sossiego libre el afan charitativo del Padre Joseph Rufo; murieron muchos; pero todos confessados, y asistidos por èl en los ultimos preciosos instantes de la vida. Enfermaron casi todos; mas ninguno dexò de ser asistido, visitado muchas veces, y edificado otras tantas con las exhortaciones de su charitativo Padre, y solicito enfermero. Ni el mucho emplèo, que tenia en las casas particulares de toda la Villa le dispensò del cuidado del Hospital, y la Carcel, donde quanto era mayor la miseria, tanto luciò mas compassiva su misericordia. Si todas las demàs pruebas nos faltassen; solo el constante teson de la distribucion de estos quatro meses seria convincente argumento, para persuadir, que la virtud de este Apostolico Jesuita se havia remontadò al grado mas sublime de la heroicidad, y le havia hecho digno de ocupar mui distinguido lugar entre los Varones ilustres de la Compañia, famosos por las proezas de su zelo en beneficio de los Proximos.

De esta charidad incansable, y superior à todas las fatigas, y de este trabajo tan universalmente util, fueron efectos

conna-

connaturales una altiſsima reputacion de Santo, què todos concibieron del Padre, ò en que todos ſe confirmaron; y un amor tiernifsimo, con que le miraban como à un Angel, que Dios les havia dado para ſu conſuelo, para ſu inſtruccion, y para ſu remedio en todas ſus miſerias. Y el miſmo Padre ſin pretenderlo afianzaba cada dia mas aquel concepto, y eſte cariño con ſus acciones todas dirigidas à la utilidad publica de la Villa, y particular de todas las claſſes de gentes, que la componen. Todo el tiempo, que eſtuvo en Trigueros el Padre Joſeph, cuidò de una Congregacion ſita en nueſtra Igleſia, con la advocacion de la Puriſsima Concepcion de nueſtra Señora. La devocion activa del Padre la aumentò de modo, que ya no parecia junta de algunas perſonas de la poblacion, ſino Congreſſo univerſal de todas: Tan numeroſos eran los concurſos, que atraxo todos los dias de fieſta, que hacian parecer eſtrecho el Templo capaciſsimo, que no baſtaba para tantos. Lleno de Dios ſalia à èl el Padre, precediales, y dirigia à todos en las preces à honor de la Soberana Reina, y culto del Señor Sacramentado, llenando à todos de devo-

cion

cion la reverencia Religiosissima, la atencion extatica, y aun el tono de voz afectuosissimo, con que las hacia su Prefecto: quien haviendolas concluido subia al Pulpito, y hacia una Platica fervorosissima, siempre de alguna de aquellas maximas de nuestra Fè, que son de mayor eficacia para commover los corazones con el temor Santo de Dios, imprimir en ellos profundo horror à las culpas, è inspirar aprecio de la virtud, y deseos de la felicidad eterna. Intimamente penetrado de la eficacia de estas verdades por su meditacion continua, las ponderaba con voces tan expressivas, y con tanto espiritu, y con tal viveza de afectos, que no havia corazon tan duro, que no se convenciesse, y ablandasse. El fin de la platica, siempre era un acto de contricion fervorosissimo; y los elogios del Predicador, las lagrymas copiosissimas, que hacia derramar à los oyentes. El fruto, la reforma de las costumbres, y la frequencia de los Sacramentos de la confession, y Eucharistia, que llegò à ser tāta todos los dias de fiesta, como si huviesse algun grande Jubilèo. Fueron muchissimas las almas, que ganò para Dios por este medio. Ni debo omitir, que

à este zelo del Padre Joseph se debe la practica sin duda edificativa, que aun dura oy en Trigueros, y el Padre persuadiò à toda la gente trabajadora, de oìr Missa todos los dias, antes de salir à sus labores; y de terminar estas, rezando el Rosario por la noche, antes de recogerse à su casa. Tampoco debo passar en silencio la solicitud, que el Padre tuvo en la enseñanza de la Doctrina Christiana. Todos los dias una hora antes de darse en nuestra puerta la limosna, se baxaba à ella, y mui de espacio la enseñaba à los chiquitos; y al mismo tiempo con fervientes exhortaciones, y palabras llenas de espiritu de charidad, consolaba à los grandes en sus aflicciones, y pobreza, encomendandoles el temor Santo de Dios. Baxaba todos los dias tambien à la Escuela de los niños, y se recreaba en enseñarles las Oraciones, y con donecillos, que buscaba para atraerlos, los excitaba, y premiaba à los mas aprovechados. Pero à los mayorcitos tenia señalada hora, en que subiessen à su Aposento, y alli los instruia mui de espacio en el modo de ayudar Missa, y la reverencia con que en ella debian estàr, ganandoles el corazon con el bello modo

de tratarlos, y la ſuavidad de ſus conſe-
jos.

La grande fama de ſantidad, que con eſtos exercicios, y tenor de vida Apoſtolica ſe havia grangeado el Padre Joſeph Rufo, no pudiendoſe contener en los cortos terminos de el Condado, penetrò haſta la Corte, y llegò à los Excelentiſſimos Señores Duques de Medina-Sydonia, que gozoſos de tener en Lugares de ſu Señorìo Varon tan eſclarecido, le juzgaron dignißimo de ſus confianzas, y aßi fiaron à ſu conducta, quanto ocurria de cuidado, y gravedad, no ſolo en Trigueros, ſino tambien en los demàs Lugares de ſu Juriſdiccion, y Dominio. Aun todavia ſe refiere como coſa extraordinaria, lo que ſucediò el año 1713. Haviendo diſcordado notablemente entre sì los Informes, y Votos, que para la eleccion de Regidores, y Alcaldes, para el de 1714. remitiò la Villa à ſus Excelentißimos Dueños, no pudiendo eſtos Señores hallar en ellos luz, que los aſſeguraſſe del acierto, por reconocerſe en todos paßiones, y empeños, arbitraron un medio, indice manifieſto del alto concepto, que tenian formado de la rectitud,

tud, justificacion, y prudencia del Padre Joseph: remitieronle los Votos, pidiendo al Padre, que por sì mismo eligiesse los que le pareciessen mas aptos para cada uno de los empleos, que debian proveerse: y condescendiendo el Padre con los deseos de sus Excelencias, hizo la nominacion de todos, que aprobaron, y con sola la noticia, de que era la eleccion del Padre, se terminaron las emulaciones, se convinieron los diferentes partidos, se depusieron las pretensiones, aceptando gustosissimos todos los de la Villa, y del Pueblo, lo que juzgaba convenir el Padre, à quien tanto veneraban. Pero lo mas digno de notarse es, que los sugetos elegidos exercieron sus empleos con tal justificacion, desinterès, y zelo del bien publico, que en todo el año no huvo la mas leve quexa, siendo aun oy publica voz, que jamàs huvo elecciones mas utiles al publico, ni año de mas felìz gobierno.

Aunque el Padre estaba gustoso en este pobre theatro de su Apostolico zelo, sin aspirar à otra cosa, que à trabajar cada dia mas en èl; los Superiores de nues- Señalado al Noviciado.

 tra-

tra Provincia determinaron traerle à esta Casa de nuestro Noviciado, para que los exemplos de su fervoroso espiritu fuessen estimulos para la santidad à nuestros Jovenes. Apenas se supo esta disposicion, quando empezaron à tumultuar, agitados de su dolor, no solo los Moradores de Trigueros, sino los de todos los otros Pueblos del contorno. Lloraban todos, como una infelicidad sensibilissima, la ausencia de su santo Padre: hacia cada uno, para exagerar lo justificado de su pena, el largo catalogo de los beneficios, que de èl havian recebido. La Villa interessada, y utilizada igualmente, que los particulares, se juntò, y por votos unanimes decretaron todos hacer recurso al Padre Provincial, alegandole, quanto les dictaba su amor, y aprecio del Padre Joseph, para conseguir no se les diesse un golpe, que heria tan gravemente los corazones de tantos. Lo mismo decretò, y executò el numeroso respetable Clero. Y sus representaciones lograron por entonces detener al Padre, siendo tan extraordinarios los jubilos, con que unos à otros se daban los parabienes de su permanencia, quanto havian sido dolorosos los suspiros, à que les obligò

obligò ſu intentada auſencia; mas paſ-
ſado poco mas de un año, fue preciſo tu-
vieſſe efecto la auſencia del Padre, no pu-
diendo (aunque con ſentimiento mui vi-
vo) condeſcender el Padre Provincial con
las reiteradas inſtancias, que los miſmos
dos cuerpos reſpetables de Villa, y Clero
le hicieron, para retenerle. Queria ya Dios
dàr à eſta Caſa eſte exemplar exactiſsimo
de Religioſidad, y prevenir à muchiſsi-
mas otras almas un Operario utiliſsimo de
ſu ſalud.

Señalado por Director, para los que en eſte Noviciado hacen los Exercicios Eſpirituales de Nueſtro Patriarcha Santiſsimo San Ignacio, vino à èl con grande jubilo de ſu humilde corazon, que en las veneraciones, que le tributaban los Pueblos del Condado de Niebla, padecia violencia tan penoſa, quanto era grande ſu deſeo de ſer deſconocido de todos, y de ninguno eſtimado, ò alabado. El retiro de eſta Caſa ſe le figuraba un Paraiſo de delicias ſuaviſsimas; congeniaba à ſu proceder Religioſiſsimo, la exactitud rigida, con que en ella ſe obſervan los apices mas menudos de la perfeccion; ſu ſilencio inviolable daba commodidad, y

Viene a Director de Exercitantes.

ſu

ſu oficio baſtante tiempo, que emplear en la Oracion, y trato intimo con Dios: y el concurſo numeroſiſsimo de Seculares, y Ecleſiaſticos, que todos los años vienen à ella à vacar en eſta ſoledad ſagrada, unicamente al negocio importantiſsimo de ſu ſalvacion, daban à ſu zelo del bien de las almas esfera baſtantemente dilatada, para exercitarſe con mucha gloria del Señor. No creo poſsible, aun à la mayor ſolicitud, hacer una exacta deſcripcion de los eſmeros, con que por el largo eſpacio de 34. años exerciò eſte empleo; de lo que en èl trabajò; y de las utilidades, que ſe ſiguieron de ſus fatigas, è incanſable aplicacion. De todas eſtas coſas ſolo pueden hacer algun concepto, los que tuvieron la dicha de ſer teſtigos oculares; mas ninguno relacion adequada. Era vigilantiſsimo, y atentiſsimo à proveer à los que hacian los Exercicios, de todo quanto les era neceſſario, para que eſtuvieſſen commodamente en habitacion, y alimento. Summamente dieſtro en ganar los corazones con la dulzura de ſu trato amable, y candidiſsimo, los conſolaba en ſus aflicciones internas; los dirigia en ſus perplexidades, los alentaba en

fus fequedades de efpiritu, los dirigia en fus dudas; y aun à los menos exercitados en la practica de la meditacion, inftruìa con tanta deftreza, que les hacia facil efte Santo empléo. Dificultofo ferà de decidir, qual aya fido mas eminente en el Padre Joseph Rufo, fi la fuavidad en el modo, ò la libertad integerrima, con que exigia el debido recogimiento, y puntualidad en las diftribuciones. Ni aun à las perfonas de mayor caracter, difsimulaba cofa alguna, que le pareciefſe falta, aun levifsima: pero advirtiendolas con claridad, jamàs daba ofenfion. Sabian todos, que havia de cenfurar con feveridad, inflexible por algun refpeto humano, qualquiera defecto; pero le veneraban con amor reverente, quando los reprehendia. En platicar los puntos de las Meditaciones era fervorofifsimo; aun quando folos le efcuchaban Prelados Iluftrifsimos, y otras perfonas de Caracter authorizado, los proponia con tanta energia, q̃ bien manifeftaba eftàr fu efpiritu arrebatado del todo de la fuerza de la verdad, que ponderaba. Pero quando daba los exercicios en concurfos numerofos de Eclefiafticos, que fe preparaban para los Ordenes Sagrados, lo

ha-

hacia con tanta vehemencia de espiritu, con tanta valentia de expresiones, con tal encendimiento de afectos, que no podian dexar de confessar, que hablaba Dios por sus labios; ni resistirse à entrar en los mismos sentimientos, de que estaba tan penetrado, y que les inspiraba tan poderosamente su Santo Director. Al trabajo de estas exhortaciones comunes, añadia el Padre Joseph el de las instrucciones particulares, que à cada uno daba separadamente, segun las disposiciones internas de sus corazones, y necessidades de sus conciencias: siendo el fruto, no solo el purificar sus almas con las confessiones generales, que el Padre oìa con summa charidad, sino tambien el resolverse à un tenor de vida, arreglada à las obligaciones de tan sublime estado, y establecerse solidamente en maximas capaces de mantenerle con constancia, y aumentarle en mucha perfeccion. Quanta aya sido la utilidad, que al estado Eclesiastico de este Arzobispado extensissimo se ha seguido de este ministerio Apostolico del Padre Rufo, exercitado por tantos años, lo vocèan los muchos reformadissimos Sacerdotes, que animan con sus exemplos todas

das las Ciudades, y Villas, que le componen, y en quienes es suavissima la memoria de su Director, al qual jamàs nombran sin elogio, siendo acaso el mas frequente, el reconocerle por instrumento de las mas estimables utilidades de sus almas: lo publican los muchos, que, desde la primera vez, q̃ hicieron los Exercicios cõ la conducta del Padre, se impusieron ley de repetirlos, como lo han executado, todos los años con singular edificacion: lo atestiguan muchissimos otros, que no supieron separarse de su acertadissima direccion, mientras le durò la vida, y aun lloran haverla con su muerte perdido. Este fue el ultimo empleo del Padre Joseph Rufo, en el largo espacio de su vida: en èl se mantuvo aun en una ancianidad venerable de mas de 80. años, con el mismo empeño, con que lo empezò, sin aspirar jamas à algun descanso, ni admitir algun alivio, aunque, como tan justamente debido, se le ofreciò por los Superiores, atentos à su merito, y deseosos de conservar una vida tan preciosa, y amable. Solo pudo obligarle à dexarlo la ultima enfermedad, que antes de acabarle, le exercitò por tres años; y fue una opresiõ

de pecho vehemente, que le obscureciò la voz, le dificultò la pronunciacion, y le puso en imposibilidad de continuar su utilisima tarèa; pero aun exonerado del oficio, no dexò su zelo. Apenas sabia, que alguna persona havia venido à hacer los exercicios, quando le visitaba; le animaba con santas platicas à tenerlos con la mayor exactitud, y à pesar de su summa debilidad, la iba à acompañar en los ratos, que dexa para el descanso despues de comida, y cena la distribucion, hablandole de cosas santas, con que al mismo tiempo, que los recreaba, los llenaba de edificacion. El resto del tiẽpo en estos tres ultimos años, lo empleaba, ò en el Confessonario, à que asistia quantas veces le llamaban las muchas personas, cuyas conciencias gobernaba, ò tratando con Dios en su Aposento.

Sus Virtudes. En todo lo que hasta ahora he dicho en esta Carta, se pueden vèr con mui poca reflexion, que se haga, las Virtudes del Padre Joseph Rufo en luz tan clara, que no puedan dexar de graduarse por altissimas, y eminentes. Pero sin embargo me parece preciso hablar con mayor expression de algunas de ellas, bien, que pro-

testando, no harè mas, que apuntar algo de lo mucho, que pudiera decirse en cada una: y confessando abiertamente, que asi como en quanto he escrito hasta ahora, asi en lo que dixere, no es mi animo contravenir aun levisimamente à los Decretos de la Santa Sede, à quien venero reverente, y sugeto con la mas profunda submision, todo mi Espiritu.

Era en el Padre Joseph Rufo ardentissima la charidad para con su Dios. Ilustrado de una Fè vivisima de su presécia, en todo lo buscaba con afectos de su corazon jamàs interrumpidos, solo deseaba su obsequio, en quanto emprendia; y parecia, que eran mas frequentes en su voluntad, los anhelos fervientes à su Magestad, que las respiraciones en su pecho. Vez ninguna le hablè, que no le notasse muchas, y mui tiernas, y devotas expresiones, que casi sin libertad hacia, de amor al Señor, en unos suspiros, dulces su Amado, que no podian dexar de hacer impresion mui viva en quien le escuchaba. *Este Gran Dios: este Redemptor nuestro amabilissimo: Este perfectissimo Señor, à quien servimos: Esta Magestad soberana de nuestro Dios*, eran voces en sus conversaciones frequentissimas, Su Charidad.

 que

que al mismo tiempo, que los ardores, en que se abrasaba, declaraban la profundissima veneracion de su espiritu à Dios. Quando se creìa en soledad, y sin arbitros, soltaba à su fervor las velas, y daba desahogo à su corazon en Jaculatorias ternissimas, y pronunciadas con un afecto de tan rara energìa, que à muchos, que, ò por acaso, ò por estudio de observarle sin ser notados, le escuchaban, sacaba las lagrymas de los ojos, no sin commocion mui grande de sus animos. Desde fuera de su Aposento se percebian muchissimas veces estos ecos de sus amores dulcissimos; y al entrar en èl, se hallaba aquel hombre, todo posseìdo de Dios, encendido el rostro de un rubor notable, los ojos clavados en un Crucifixo, que siepre tenia sobre su Mesa, puestas las manos sobre la Carpeta, y bañadas en lagrymas las mexillas. Pero quando celebraba el Sacrosanto Sacrificio de la Missa, entonces era, quando parecia del todo arrebatado de sì, y extatico de Amores. Pareciaen la compostura exterior reverentissima, en la profundissima atencion, en lo devoto del tono, y exactissimo de todas las ceremonias Eclesiasticas, que veia

con los ojos corporales à Dios, y que por ellos exhalaba en afectuosas lagrymas liquidado su corazon. Nadie le viò jamàs en el Altar, que no juzgasse en fuerza de su encendimiento de rostro, y de la devocion, que brillaba en todas sus acciones, y movimientos, que tenia presente, sacrificando, à un Varon Santo. Quantas veces le observamos en las Tribunas de la Iglesia, y de la Capilla interior de esta Casa immoble, como si no viviesse, en una humillacion profundissima de su cuerpo, passar larguissimas horas, tan abstraido, que nada advertia, y tan empleado allà en el Cielo, que era menester tocarle, para que escuchasse, ò dexasse su ocupacion amorosa? Quantas, al entrar en su Aposento, se hallaba arrodillado ante el Crucifixo, en una suspension tan quieta, que bien manifestaba la calma de todos sus sentidos, y el reposo suavissimo en que estaba su espiritu? Quien le oyò jamas al decir, segun nuestra costumbre, las Letanias de los Santos, que no se sintiesse excitado à devocion, aun con el mismo agraciado devotissimo tono, con que las decia? Quien pudo no advertir en el Padre Joseph, que imitador de su

gran-

grande Patriarca San Ignacio, se immutaba visiblemente en qualquiera accion de Religion para con Dios, y aun à qualquiera vez, que se pronunciaba su Sagrado nombre? Todos los que tratamos al Padre, somos testigos de quanto he dicho, y es fuerza concluir, que siendo continua, sin interrupcion, todo el dia su Oracion, y trato con Dios siempre afectuoso, estaba en aumentos continuos el fuego de charidad: y de este amor Santo de que vivia, tenian su principio aquellas sus conversaciones siempre de Dios, siempre edificativas, con que à todos commovia, y recreaba fructuosissimamente. Del mismo nacia aquella indecible promptitud, y conato, con que se aplicaba à quanto creia ser de agrado, y gloria de su Magestad, sin reparar jamàs, en que fuesse el empleo penoso, sin descaecer un punto, por mas que le experimentasse dificil, y aun à veces superior à sus fuerzas debilitadas con la ancianidad. De aqui tambien una vehemencia de espiritu inexplicable, con que hablaba, al declarar el mal, que hay en el pecado, para poner horror à èl, con que aterraba, y estremecia à los que le escuchaban. De aqui

aquel zelo incansable, con que dentro, y fuera promovia la santificacion de las almas, sin perdonar à fatiga propria, y en todas las edades de su larga vida. De aqui aquella summa delicadeza de su conciencia, con que todos los dias, y muchos muchas veces, se confessaba, temiendo aun en una vida innocentissima, lo que sospechaba, que podia ser de algun desagrado de el Señor, à quien amaba. De aqui aquella rigidissima observancia, aun de los mas menudos apices de nuestras reglas, y constituciones perfectissimas, conservada en todos tiempos, y en todas ocupaciones con tal tenor, que jamàs se le pudo notar aun leve falta.

Observancia de Votos.

En esto està ya dicho, con quanta perfeccion aya guardado los Votos, que constituyen la essencia del Estado Religioso. De su pobreza se podria decir muchissimo.

Pobreza.

Nada tuvo para su uso, que no fuesse lo mas vil. Las sillas del Aposento, la mesa, los libros, todo era tal, que al Novicio mas escrupuloso pareceria, no ser capaz de usarse. Pero con quanto esmero los cuidaba, y conservaba, por no agraviar en nada à esta virtud, que respetaba como à Madre, y miraba como à muro

firmiſsimo de la Compañia ? Por mas de 36. años tuvo un juboncillo de pellejo de ningun precio, ſin permitir, que ſe le dieſſe otro, aun quando por el largo uſo, y repetidos remiendos no eſtaba capaz de ſervir aun al mendigo mas infeliz. Nunca ſe pudo conſeguir en eſta Caſa, que permitieſſe le hicieſſen Sotana, Sobrerropa, ò Manteo nuevo. Si ſe le advertia, que no eſtaba decente el veſtido, que traia, ſu reſpueſta ſiempre fue: *Para quien yo ſoy eſto me ſobra; y aun eſto no merezco.* Si ſe le inſtaba, que era preciſo hacer mudanza, jamàs condeſcendia haſta ofrecerle, que ſe le daria algun deshecho de otro. Confieſſo me ſorprendì de paſmo, quando regiſtrando algunos papeles, que ſe hallaron en ſu muerte, me topè una carta al Padre Geronymo de Hariza, Provincial de eſta Provincia, cuyo contenido es la prueba mas authentica de la delicadeza del Padre Joſeph en puntos de pobreza. Havìale, no sè què perſona, dado unas pocas libras de Chocolate, que el Padre recibiò con licencia de ſu Superior. Tomòle en ſu Apoſento, pero le fue mui amargo eſte cortiſsimo alivio. Oyò decir, que para eſto era meneſter licencia de

nueſ-

nuestro Padre General. Juzgò, que havia cometido una falta gravissima, y lleno de confusion tomò la pluma, y escribiò al Padre, confessando con terminos de la mayor humildad, la que juzgaba gravissima culpa contra la Pobreza, y pidiendole, que le diesse toda la penitencia, que quisiesse, que estaba promptissimo, y deseoso de hacerla, para satisfacer lo que havia faltado en esta Virtud. Esto escribiò un Anciano Venerable de mas de 70. años, despues de una vida laboriosissima, y utilissima, quando sobre sus crecidissimos meritos le hacian acreedor à los mayores alivios sus enfermedades. Parece justa mi admiracion al leerla: pero no lo es menos la que tuve, quando hallè conservada hasta su muerte, una aguja, que al salir de su casa le diò su buena Madre, para coserse, con los residuos de un ovillo de hilo, que no havia aun gastado. Por estos indicios se puede graduar la perfeccion de la pobreza de este Jesuita grande, y la podràn vocear la Sotana, que usaba, quando se reduxo con la enfermedad ultima à la cama, y que se conserva remitida à Trigueros, y entregada à la devocion de un

Eclesiastico su gran venerador, guardada, como thesoro del mayor precio, y las demàs piezas de sus vestiduras, que aun repartidas en pequeños pedazos, para dar satisfaccion à la devocion de muchos, se hallaràn con partes de los remiendos, estimables reliquias de su pobrisimo espiritu. Y estos vestidos, y una caxa de palo mui vieja, fueron todo el espolio de la muerte del Padre Joseph Rufo. Tan poco tenia de la tierra, el que tanto suspiraba por el Cielo, y tenia tanto de Dios.

Su Castidad. Como haya observado el Voto de la Castidad, se dice brevisimamente. Imitò la puridad Angelica, cumpliendo exactisimamente en esto, la ley, que nos prescribiò Nuestro Patriarcha Santisimo. No habrà, quien pueda con verdad decir, que levantò alguna vez los ojos, para mirar à persona de sexo diverso, ò tratandola fuera de casa, ò hablandola dentro de la Iglesia. No se hallarà alguno aun de los domesticos, que afirme, que el Padre Joseph le haya mirado fixamente al rostro. Era igual à su amabilidad su recato, y su modestia, indice seguro de un corazon limpio, aun de las especies del vicio contrario à esta celestial virtud. En quien pos-

possseia tan de lleno el divino amor, no hallaban entrada aun las imaginaciones de deleytes feos.

De su Obediencia es fuerza decir, que fue quanta, y qual la pide en sus hijos, como caracter, que los distinga, nuestro Legislador Santissimo, Gran Doctor de perfectissima Obediencia. Obedecia en todo con promptissima execucion, de lo que se le ordenaba. Amaba todas las disposiciones de los que le eran Superiores, ò tenian alguna sombra de authoridad, como cosas las de su mayor gusto. Un levissimo indicio de la voluntad del que le gobernaba, era suficiente à ponerle en movimiento velocissimo, para cumplirla sin la menor demora. Observè no pocas veces, que quando en las Consultas, à que assistia por su Oficio, el voto del Superior era diverso, del que havia el P. explicado, al punto le preferia, mudaba de sentimientos, y convenia con el dictamen, q̃ este declaraba, deponiendo el suyo. Sola una vez le vì representar modestissimamẽte, y con un encogimiento, que seria de pasmo en el Novicio mas humilde. Esta fue, quãdo recienvenido yo à esta Casa le observè ir casi arrastrando à las distribuciones

Su Obediencia.

de Letania, y otras de Comunidad, y baxar al Refectorio comun à cenar, y comer con grandisimo trabajo, y le ordenè, que no asistiesse à ellas, señalandole, quien le cuidasse en el Aposento en lo necessario à su sustento, y persona. No puedo acordarme sin commocion mui intima de mi animo, de la confusion, con que oyò este orden; de la afliccion, que manifestò, de que se atendiesse asi *à un bruto, para todo inutil, y solo apto para comer*, (que en tales voces bosò su humildisimo espiritu) y del conato, con que me procurò persuadir, que aun tenia espiritu, y fuerzas, para seguir en todo la Comunidad; pero con igual edificacion me acuerdo del rendimiento, con que al declararle, era conveniente, lo que le ordenaba, se sujetò, cobrò la paz de su semblante, y corazon perturbado, y jamàs, aun reclamandole su inclinacion à las comunes observancias, abriò sus labios, para pedir cosa, contra lo que se le havia dispuesto. Pareceme tambien digno de saberse otro acto de Obediencia del Padre Rufo, que contiene algo de extraordinario, y es mui notorio aun despues de algunos años. Estaba la Comunidad de Antiguos de es-

ta Casa en dia de Recreacion de Campo en la Hacienda de San Ignacio de Miraflores. Quexòse el Hermano Labrador de una plaga de insectos numerosissima, que no podia contener ni cuidado, ni trabajo, y que arruinaba del todo los sembrados: y pidiò, que algun Sacerdote la conjurasse. Al oirle el Padre Rector dixo, vaya à hacerlo el Padre Rufo. Quiē al oirse nombrar, con aquel summo respeto, con que miraba en su Superior à Christo, aunque nunca havia usado los Exorcismos de la Iglesia, se levantò, y solo preguntò: Y donde quiere V. Reverencia, que arroje essos animalillos? Y respondiendole, que al camino; se fue promptamente à los sembrados, leyò el Exorcismo, y mandò, que todos se saliessen al camino, segun la voluntad de su Superior. Fue cosa portentosa; al volverse à la tarde la Comunidad à casa, todos hallaron cubierto el camino de aquellos insectos, libres de todos ellos los sembrados, que se asseguraron, quedando en el sitio, que se les señalò por muchos dias, hasta que el trafico los consumiò, testigos no menos de la obediencia promptissima del Padre Joseph, que de su viva fè, que assi

se hizo obedecer. De este sucesso hay aun muchos testigos.

Su Devocion à la Virgen.

Ilustraba el fondo de estas virtudes proprias del Religioso, con el esplendor de una devocion fervorosissima à la Santissima Virgen Madre de Dios Eran muchos, y quotidianos los obsequios, que practicaba à su culto, y que inspiraba con energia à quantos aconsejaba. Haviase obligado con Voto à rezarle todos los dias la Corona, y à ayunar todas las visperas de sus solemnidades. Hablaba de sus grandezas con una eloquencia afectuosa, que inspiraba su aprecio, y promovia su amor. Saludabala quantas veces veìa alguna Imagen suya, con ternura, y confianza de hijo amantissimo, y se valia continuamente de su intercession, assi para conseguir la emmienda, y remedio de los pecados, que por alguna via llegaban à su noticia, como para impetrar para las muchas Personas, cuyas conciencias dirigia, las gracias del Señor, que juzgaba serles convenientes. Esta dulcissima Señora era el deposito de sus mas dulces afectos; el refugio, adonde recurria en sus ahogos, y el puerto, donde descansaba de todos sus trabajos, y fatigas, que por su medio ofre-

ofrecia à los pies de su Redemptor.

Su Devocion al Señor San Joseph.

No habria el Padre Joseph manifestado la fineza de su devocion à la Soberana Reina de los Angeles, si no la huviesse acompañado con la de su amantissimo, y queridissimo Esposo el Patriarcha Señor San Joseph. Venerabale el Padre con singularissima ternura, y cordialissimo amor. Todos los dias le hacia varias veces obsequios de devocion, y ninguno dexaba de recrearse en la consideracion de sus gozos: practica, que procuraba comunicar à muchos, y para este fin tenia abundante provision de libritos de ellos, que repartia, encomendando su uso assi à los Jovenes nuestros, como à todos los externos, que podia. Quantas veces hallaba ocasion, introducia conversacion de la excelencia de sus prerrogativas, y eficacia de su Patrocinio: y con exemplos mui oportunos, que tenia preparados à este fin, excitaba con devota energia à procurarse su poderosa proteccion, por medio de su culto afectuoso, y constantemente practicado.

A nuestros Santos.

Para con nuestros Santos era summa su veneracion, y tiernissimo su amor. Este Varon esclarecido, à cuyos ojos to-

dos los Jesuitas sus Hermanos siempre eran buenos, y reputados por exemplares en su aprecio; que jamàs oìa nombrar à alguno, sin que su corazon bosasse en aquellas frequentissimas expressiones de estimacion, y alto concepto, que estabamos acostumbrados à escucharle, *el Padre N. es grande hombre, es excelente Jesuita, es un Santo*; quando se hablaba de los que veneramos sobre las aras, no hallaba voces, que le pareciessen suficientes à expressar la heroicidad de su Santidad. A proporcion de la estima, en que los tenia, era su solicitud en venerarlos, y el amor, que les professaba. Preparabase, para solemnizar sus fiestas muchos dias antes, exercitando à honor suyo repetidos actos de varias virtudes, que se prescribia. A todos ayunaba por Voto las Vigilias de sus Fiestas, y quando por su edad de mas de 80. años, y actual enfermedad no podia hacerlo, no se juzgaba escusado de pedir al Superior, le commutasse en otra cosa, que le fuesse exequible, aquel obsequio. Se llenaba de una alegria summa al vèr, que otros les mostrassen devocion, y amor; y por quantos arbitrios inventaba su zelo, se empeñaba en promoverla,

y extenderla. Hijo, sin duda, dignissimo de San Ignacio, hacia toda su gloria, la de su Santo Padre, y anhelaba à no desdecir; antes si representar en sus costumbres las heroicidades de virtudes de los Santos de la Compañia, que miraba como à sus Hermanos nobilissimos.

Su Mortificacion, y Humildad.

A estas virtudes del Padre Joseph Rufo, que no tanto hè procurado describir, quanto apuntar solamente, mui lexos de toda amplificacion, me es preciso, dexadas otras muchas, en que podria dilatarme mucho, añadir su mortificacion, penitencia, y odio santo de sì mismo. Eminente en todas, en estas parece haver excedidose à sì mismo. Cumplia exactissimamente aquella dificil Regla, que nos dexò San Ignacio, de procurar la mortificacion continua en todas las cosas possibles. Soi testigo, y pueden serlo muchos, de que jamàs el Padre Rufo estaba sin actual mortificacion. Nunca le vì arrimarse al respaldo del assiento, en que estaba: muchas veces le observè tener de proposito por mucho tiempo, suspenso dissimuladamente en el aire un pie, para tolerar, compañera de otras, tambien esta violencia. No me acuerdo haverlo visto aun

una vez apartar la moleſtia de las moſcas, ò moſquitos, que ſuelen ocaſionar penalidad tan peſada. Expueſto por la particular conſtitucion de ſus humores, y la pobreza de ſu veſtido à una plaga de moleſtiſsimos animalejos, que le conſumia, nunca ſe quexò, ni diò alguna mueſtra de ſentirlos. Y en eſto, no sè ſi ſe hallarà exemplo ſemejante, al que voi à referir. Eſtando en el Colegio de Trigueros ſummamente ocupado, y ſin otro recurſo, ſe viò obligado à embiar à una perſona de fuera ſu jubon, para que lo remendaſſe. Iba del todo cubierto de eſtos inſectos aſqueroſos; pero el Padre pidiò, que no ſe los quitaſſe, por no carecer de aquella mortificacion, y con la advertencia, de encargar, que à nadie lo dixeſſe; para que fueſſe mas oculto ſu ſufrimiento. Por eſto poco puede colegirſe, quanta ſolicitud tenia eſte portentoſo Jeſuita de ſu propria mortificacion.

En una vida, qual la he procurado ſignificar, ſiẽpre inculpable, y arregladiſſima, el humildiſsimo Padre ſe tenia en reputacion, y concepto de grandiſsimo pecador, ſe miraba à sì miſmo con horror, y lo manifeſtaba, quando creia podrian

drian atribuirlo, no à humildad, sino à conocimiento verdadero de sì mismo, llamandose hombre abominable; carga insufrible de la Compañia; para todo inutil, y digno de los desprecios de todos. A este concepto baxissimo de sì mismo correspondia el odio santo, con que se trataba. Parecia se havia puesto ley de no hacer jamàs paces con su cuerpo, y de atormentarle quanto pudiesse tolerar sin acabarle. Bien puedo decir sin exageracion, que renovò en nuestros dias el Padre Joseph Rufo los rigores espantosos dela Thebaida, y de la Nitria. Desde sus primeros años en la Religion, hasta los quatro antes de su muerte, todos los dias se ceñia estrechamente los muslos, los brazos, y el cuerpo, con unos cilicios de hierro, sembrados de agudas puntas, tales, que quando quebrantados, por haver servido mucho, fue menester darlos à componer, causaron horror, è hicieron dudar como los podia tolerar un cuerpo humano. Pero los toleraba, y todos los dias, este penitentissimo Jesuita; y no contento con ellos, les sobreponia un saco texido de bronquissimas cerdas, que yo mismo, siendo Novicio, le vi muchas veces. Por mas, que la pretendiesse ocultar, era manifiesta à todos esta piadosa tyrania, que el fervorosissimo Padre executaba consigo mismo, porque à su pesar la voceaba lo impedido, y tardo

de sus movimientos, y el anhelo de sus respiraciones, causando en todos sentimientos de compassion su vista. A la aspereza de sus cilicios, solo pudo igualar la severidad de sus disciplinas. Eran estas todos los dias, y muchos mas de tres veces. Ya dixe, que en varios Colegios, el ruidoso estruendo de los golpes havia à deshoras de la noche causado horror, y assombro à los que los escuchaban. Puedo añadir, que persona de caracter, que vino à hacer Exercicios à esta Casa, y tuvo quarto no lexos del del P. dixo, deseaba se acabasse el tiempo de ellos; porque no podia sufrir el horror, que le causaban los golpes, con que se ensangrentaba el P. Rufo. Vive aun sugeto, que depone, que haviendo por cierta urgencia buscado en su Aposento al P. y no respondiendole, se entrò hasta su alcoba, y le hallò hincado de rodillas con la espalda hecha un mar de sangre, la disciplina en la mano, y tan del todo fuera de sì, ò por desmayo, ò por arrebatamiento, que nada oyò; no observò, que huviessen abierto el Aposento; ni supo, que le huviessen visto en tan lastimosa, quanto edificativa situacion. Nunca acabaria, si huviesse de descender à todos los rigores de este genero, q̃ practicò consigo este penitentissimo Jesuita; pero sì debo añadir, que el lecho de su descanso era una estera bastissima, que le vieron muchos sobre la cama, ò el duro suelo, don-
de

de le hallaron tambien en ocasiones, que ordenò la Providencia, para que no quedassen ocultos estos rigores. Pero lo que à mi me llena de estupor, es la constancia, con que los practicò, hasta que absolutamente le mandè, que nada hiciesse, recien venido à esta casa, pareciendome, que era debido à la grande edificacion, que con su vida exemplarissima interessaba esta comunidad, procurar no la acabasse de consumir con sus rigores. Hizome repetidas instancias, porque le dexasse estàr à su costumbre: pero manteniendome en el orden dado, no se quietaron sus ansias por su martyrio: recurriò al P. Provincial, que entonces gobernaba la Provincia, quexòse de la piedad, con que le miraba su P. Rector, usò todo su artificio, para exagerar la necessidad, que tenia de Penitencias, y rogò con instancia, que se le restituyessen, bien que sin otro efecto, que sugetarle, à lo que yo le permitiesse. Como puede no causar pasmo este conato en un anciano de mas de 80. años, y lleno de enfermedades capaces de rendirle, como con efecto lo hicieron, à el golpe de la muerte?

Agravòsele el Asthma, que los ultimos años le havia à temporadas puesto varias veces à riesgo; debilitaronsele las fuerzas, y se reduxo à la cama, donde por algun tiempo padeciò summa dificultad en la respiracion, y casi total imposibili- Su muerte, y Exequias.

bili-

bilidad de moverse. En estado, que à todos nos causaba intimos sentimientos de compasion, solo el P. estaba siempre alegre, siempre dispuesto à recibir las visitas charitativas de sus Hermanos, y sin q̃ en quãta molestia padeciò, se le oyesse otras palabras, que gracias à Dios; bendito sea el Señor. Recibiò con summa ternura de su corazon el Santissimo Viatico, preparado antes con una confession general de toda su vida; y despues varias veces por devocion. Dixo muchas veces, se llegaba su muerte, y à los Hermanos Novicios, que la ultima noche fueron à tenerle quiete, dixo, que ya no era menester volviessen mas, en lo que indicò saber estaba proximo su fallecimiento, que fue el dia siguiente, entre tiernissimos coloquios con su Dios, con la Santissima Virgen Nuestra Señora, y nuestros Santos, con una apacibilidad, que lexos de todo horror, causò à todos los presentes devocion, è invidia santa, deseando todos una muerte semejante, en que ninguna señal faltaba, que contribuyesse à calificarla de preciosa, qual lo es la de los Justos.

Apenas nuestra Campana la publicò, quando concurrieron personas de todas classes à vèr, al que tenian por Santo. Ninguna de las muchas de alta Gerarquia, que vinieron à condolerse de la pèrdida, q̃ acababamos de padecer, dexò de explicar el alto aprecio, y sublime concepto, que

te-

tenia de la ſantidad del Difunto, difundiendoſe cada uno en los elogios de las virtudes, en que le parecia havia brillado mas. Todo el tiempo, que el Cadaver eſtuvo expueſto, no ceſſaron las piadoſas anſias de una innumerable multitud de perſonas, que le querian vèr. Eſte concurſo aun fue mayor, quando el dia ſiguiente ſe le hizo el Funeral, que fue con todo aquel aparato, que permite nueſtta moderacion, coſteando la Muſica, y cera un devoto Penitente del P. que quiſo manifeſtar en eſto el amor, que le tenia. Pero quando llegò el tiempo de dar à la tierra aquel Cuerpo, que havia ſido depoſito de tan noble Alma, no puedo yo explicar la commocion, de que fui teſtigo. Arrojaronſe al Feretro perſonas de la mayor diſtincion, Seculares, Ecleſiaſticos, Nobles, gẽtes del Pueblo, todos procurãdo con el hurto de alguna partecita del veſtido enriquecer, como con reliquia de mucho precio ſu devocion. Un Sacerdote venerable le quitò los zapatos: otro Jeſuita (lo que es digno de mucha nota) mui diſtinguido, el Bonete, y todos lo que pudieron, contentiſsimos de haver logrado algo. Luego que llegò à la noble Villa de Trigueros la noticia de la muerte de ſu comun benefactor, decretaron el Cabildo ſecular, y la iluſtre Clerecia hacerle honras en nueſtro Colegio, lo que executaron con quanta ſolemnidad les fue poſsi-

posible, llamandole Padre comun de su Patria, y llorando todos su perdida con afectos de buenos hijos. De quantas cosillas se hallaron del Padre, ha sido menester valerse, para satisfacer los deseos de los muchos, que pedian algo.

Esto es lo que he juzgado decir para comun edificacion de las virtudes del P. Joseph Rufo, dexando algunas cosas, q̃ se refieren con visos de Prophecias, y conocimiento de cosas ocultas, è interiores, porque estas no conducen à la imitacion, ni son necessarias, para que los que no tuvieron la suerte de conocerle, puedan formar el alto aprecio, que se debe à la virtud de este Penitentissimo, fervorosissimo, y siempre observantissimo Jesuita, que asi como juzgo, es dignisimo de ser contado en el numero de los Varones esclarecidos, que son honor de nuestra Provincia; asi debo confessar, es digno de mas copiosa historia, y pluma mas bien cortada. En las Oraciones de V. R. mucho me encomiendo. Sevilla, y Agosto 9. de 1755.

Mui Siervo de V. R.

JHS.
Manuel Marcelino de Sylva.

Con licencia: En Sevilla, por *Joseph Padrino*, en calle Genova.